

«Lo que hace Noemí en este texto es sacudirse la vergüenza y sacudírnosla a las demás.» —Del prólogo de Alana S. Portero

ME DIBUJARON ASÍ

Por qué el mundo odia la feminidad



PENÍNSULA

Noemí López Trujillo

Me dibujaron así

Por qué el mundo odia la feminidad

Noemí López Trujillo

Prólogo de Alana S. Portero

© Noemí López Trujillo, 2025

© del prólogo: Alana S. Portero, 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: octubre de 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Blackprint

Depósito legal: B. 16.113-2025

ISBN: 978-84-1100-404-6

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Nota aclaratoria	9
Prólogo: <i>We can be femmes</i> , de Alana S. Portero	13
Introducción: Una defensa desvergonzada de la feminidad	19
1. Mamá, yo quiero ser Pamela Anderson	37
2. A mí no me preguntes, solo soy una chica	79
3. No soy mala, me dibujaron así	97
4. No soy una buena víctima	129
5. «Free Britney» o la locura femenina	163
6. La furia <i>femme</i>	197
Agradecimientos	209
Notas	213

I

Mamá, yo quiero ser Pamela Anderson

Mi mera existencia parece ofender y molestar a los imbéciles, lo cual me entusiasma.

PETE BURNS,
cantante y compositora

A mí me crecieron las tetas prontísimo. Una mañana me levanté y estaban ahí, tiesas, con las puntas muy redondas y hacia afuera. Las chicas de mi clase usaban tops con relleno y pensé que la vida me daba un respiro. ¡Por fin podré presumir de algo que ellas no tienen! No sé en qué momento exacto empecé a odiarlas, solo recuerdo que la euforia fue fugaz. Un día me miré al espejo y ya no me reconocí. Sí recuerdo que fue poco después de una clase de gimnasia en el colegio. Los vestuarios pueden ser lugares aterradores donde a menudo se produce el desajuste entre cómo te ves tú y cómo te ve el resto. Una mirada de burla o una palabra lacerante en ese contexto de pretendida intimidad puede desarmarte para toda la vida.

Aquel día, una chica de un curso superior me dijo: «Venga, enséñanos las tetas». Las destapé con una seguridad recién estrenada. El golpe llegó rápido: «Qué feas». Faltaba aún un año para que me crecieran hasta alcanzar una talla 85E. Con doce o trece años, tenía ya los pechos de una mujer adulta con, aparentemente, «una buena delantera», como decían los chavales de entonces. A ratos me imaginaba como una venus paleolítica. Turgente, sinuosa, celestial y deliciosa. Con catorce, deseaba que me las tocasen tanto como me aterraba que lo hiciesen. En el fondo, temía que descubrieran lo que aquella niña del vestuario había atisbado rápidamente: una fealdad natural e irremediable, unos pechos que, en vez de levitar, caían como racimos de uva. Quería ser apetecible y, a la vez, hacer como si esa parte de mi cuerpo no existiera, igual que las sirenas mitológicas navegaban entre la monstruosidad y la hermosura, con sus cuerpos animales y sus melenas ondulantes. La validación sexual es una forma de mendicidad a la que nunca he acabado de renunciar.

Con el tiempo, aprendí a caminar menos erguida y así ocultar mis atributos, a no descubrirme las tetas mientras mantenía relaciones sexuales y a buscar la ropa interior más favorecedora. Quitarme el sujetador no me libera, al contrario.

Mis pechos ahora están preparándose para alimentar no al amante, sino al heredero. Detesto que vayan a llenarse antes de leche que de silicona. No experimento entusiasmo alguno cuando imagino a la criatura enganchada, parasitando mi néctar con su fragilidad. A veces resulta aterrador que crear una vida ajena cambie tanto la propia. Desearía que él rechazase mi teta antes que ser

yo la que rechazara a mi bebé lactante. Me gustaría imaginarme como la Virgen del *Díptico de Melun*, que en el retrato pintado por Jean Fouquet parece brindar su pecho desnudo al crío que sostiene en su rodilla cuando, en realidad, lo ofrece al visitante. Aparentemente, el cuadro estaría mostrando el momento de intimidad entre una madre y su hijo a través del acto de amamantar. Sin embargo, la Virgen, que representa a Agnès Sorel, la bellísima amante del rey Carlos VII, ni siquiera dirige su mirada hacia el niño.

Otras veces la tristeza me arrastra al imaginar mi incapacidad para producir el manjar milagroso. Dar el pecho no deja de ser otra forma con la que validar mi feminidad a través de esa función prodigiosa propia de las Vírgenes de la Leche, transmisoras no solo de alimento, sino de religión como madres de la Iglesia. La Historia del Arte ha mostrado durante siglos el dar de mamar como una forma de alimentar a la humanidad transmitiendo identidad y civilización. La fábula romana de Cimón cuenta cómo un padre encarcelado y desnutrido mama a escondidas la leche de su hija Pero. La muchacha amamanta al progenitor y, al descubrir lo que está sucediendo, el carcelero deja al hombre en libertad movido por ese gesto compasivo. El pecho femenino como símbolo de vida y de caridad. Aunque mostrarlo también ha estado vinculado a la autoridad. El *Ostentatio Mammarum* hace referencia a «la exhibición de los pechos por la madre ante el hijo que no escucha, apelando a la autoridad materna o a la súplica».¹ Mostrarlos era una forma de interpelar al hombre en momentos de conflicto para recordarle que todos ellos fueron solo niños que

lloraban por mamar. Aparece, por ejemplo, en la *Ilíada* cuando Hécuba descubre sus pechos para intentar disuadir a su hijo Héctor de que se enfrente a Aquiles. Es a partir del Renacimiento cuando «esta parte de la anatomía femenina, símbolo de la feminidad, se sexualiza», por lo que «el desnudo se vuelve impertinente y provocativo».² Cuando un elemento femenino es consagrado como objeto de culto o como objeto de deseo, digamos que se deja poco espacio para la autonomía del sujeto en sí y apenas para la motivación individual. El pecho pasa a estar mediado únicamente por la vocación sexual o por la nutricional.

A veces me abandono a la superstición y me imagino apartando con brusquedad a mi hijo mientras succiona, como hizo Hera. La mitología relata cómo la diosa, enfurecida al despertar y ver que Zeus había colocado a Hércules para que mamase de su pecho con el fin de otorgarle la inmortalidad, retiró al bebé sobresaltada mientras un chorro de su leche salía despedido atravesando el firmamento, creando así la Vía Láctea. Querría que mi egoísmo le diera al menos un cielo estrellado a este niño amado. Si no puedo ofrecerle la vigorosidad del alimento, quizá pueda ser un claro de luz que atraviese la espesura del bosque.

MERITOCRACIA ESTÉTICA

La palabra *natural* me resulta verdaderamente antinatural. Su uso siempre me ha generado desconfianza y recelo, pues no deja de ser un modo de considerar superiores

o inferiores las formas de vida. Están las familias naturales, las fronteras naturales, los españoles naturales. Todas esas conjugaciones que suenan ligeras, y a la vez casi indiscutibles, son altamente problemáticas. De un tiempo a esta parte, ocurre algo parecido con la feminidad. Se ensalza a aquella que no solo presume de ser natural, sino que reniega de lo artificial. A pesar de su misoginia, no puedo evitar recurrir a Baudelaire cuando dijo que lo artificial debe considerarse por encima de lo natural, que es donde se acumula «lo vulgar, lo terrestre, lo inmundado». «¿Quién se atrevería a asignar al arte la función estéril de imitar la naturaleza?», escribió en *Elogio del maquillaje*.

Cuando estás gestando, la gente te pregunta mucho por el embarazo. A mí me gusta. Hay cierta ternura en implicarse en un proceso tan idealizado y, a la vez, solitario. Las otras madres hablan, comparten experiencias, explican qué echan de menos de aquellos nueve meses. Muchas de ellas añoran cómo se les hincharon los pechos. Los tenían voluminosos, firmes, sensuales. Cuando dicen esto, no suelo apreciar que se las juzgue. Al contrario, es una narrativa poderosa porque las sitúa como sujeto maternal pero también deseante y sexual, desafiando la idea de que ambas cuestiones son excluyentes. Las entiendo perfectamente. Quién no querría tener unas tetas preciosas, pienso. En cambio, cuando digo que yo pasaría por quirófano para tener los pechos levantados como los de Pamela Anderson, La Veneno o Anna Nicole Smith, la mirada cambia. Los senos hinchados por el cóctel hormonal gestacional tienen ese puntito de naturalidad merecida, pero unas tetas de plástico... Qué ordinariez.

No veo la diferencia entre celebrar unos pechos que han sido logrados de forma involuntaria o conseguidos tras ahorrar un dinerito y pasar por las manos de una cirujana plástica. No entiendo por qué lo segundo es asimilarse a la supuesta norma y lo primero, no. En última instancia, ambas celebran tener unas tetas «mejores».

La sociedad transige con lo supuestamente natural, premia lo que supone un esfuerzo y castiga lo artificial o lo que se consigue «haciendo trampas». No es lo mismo broncearte gracias a unas merecidas vacaciones en la playa que ir directa a darte unas sesiones de rayos UVA, a pesar de que es probable que lo primero sea más caro que lo segundo. Mi amiga Ana Isabel, que es peluquera y apenas tiene dos semanas libres en todo el verano, es de las que va a uno de estos centros estéticos a «ponerse como un risketo», como ella dice, con tal de verse algo mejor de cara mientras pasa los meses de junio, julio y agosto aplicando tratamientos de reparación en los estropeados cabellos de las morenísimas clientas a las que se les ha deshidratado el pelo por el salitre y el sol.

Tampoco es lo mismo dejarse las uñas un poquito largas con paciencia para luego hacerte una manicura sencilla que ponerte unas extensiones de uñas acrílicas. Lo segundo no es solo cosa de cantantes como Rosalía o Bad Gyal, sino un ritual de muchas empleadas del hogar a quienes el refuerzo de acrílico les sirve para lucir unas manos bonitas y cuidadas después de que los productos corrosivos de limpieza y el trabajo manual les destrocen las uñas. Por supuesto que no se ve igual que adelgaces con Ozempic o pasando por quirófano a que lo hagas entrenando seis días a la semana en un gimnasio y si-

guiendo una dieta bien restrictiva, de las que incitan a acabar desarrollando algún tipo de trastorno de la conducta alimentaria. Y, desde luego, está más demonizada una inyección de bótox que el *face tape* —dormir con la cara llena de cintas adhesivas—, a pesar de que ambas técnicas busquen evitar o hacer desaparecer las arrugas.

La aparición de la modelo Bianca Balti en la alfombra roja de los Óscar 2025 me sirve para explicar cómo la idealización del sacrificio rige la manera en que juzgamos unas u otras intervenciones. Balti lucía un vestido vaporoso totalmente transparente de cintura para arriba, como muchas otras invitadas. Varias *influencers* feministas, que no hablan de moda en redes excepto cuando es para criticar la industria en sí, señalaban lo parecidos que eran todos los *looks* y la necesidad constante que hay de mostrar el cuerpo femenino. Estoy de acuerdo en lo primero, pero por razones totalmente distintas: el reaccionarismo se ha colado en nuestros escaparates y ahora la moda impone una feminidad silenciosa, casi muda, cuyo mayor síntoma es lo homogéneos que se han vuelto los *looks*. Como me hizo ver la periodista especializada en moda y belleza Brenda Otero, las alfombras rojas están «llenas de vestidos que enseñan bastante, pero, incluso así, resultan aburridos». «Los estilismos no transmiten nada porque estamos en un momento en el que a las mujeres no se nos permite mostrar emociones, especialmente ni ira ni rabia», me contaba.

Las mujeres experimentamos menos con nuestra propia imagen, y somos menos osadas, porque el precio que se debe pagar por ser la nota discordante, en un momento de hipervigilancia masculina, es muy alto. Si a

esto le sumamos que estamos en la «era Ozempic» —en la que hay una evidente obsesión por la delgadez,³ que tiene mucho que ver con que nos hayan convencido de que restringir alimentos y matarse en el gimnasio es saludable—, lo que se nos pide es que seamos prácticamente imperceptibles.

Volviendo al caso de Bianca Balti, recuerdo que algunas voces señalaron que había que excluirla de la lista de simples alienadas porque su mensaje al enseñar las tetas era casi político: se había sometido a una doble mastectomía preventiva y a una reconstrucción posterior tras haber sido diagnosticada con cáncer de ovario. Estoy convencida de que cuando la modelo italiana se reconstruyó los pechos no lo hizo precisamente para que nadie pensase en ella como una superviviente de cáncer. A lo que voy es a que ella tiene todo el derecho del mundo a ponerse tetas y enseñarlas sin que nadie use la carta de la condición médica que la ha llevado a tomar su decisión para considerar que su gesto es más tolerable que el de cualquier otra modelo que se opera porque sí. Al final, funcionalidad y belleza no son dimensiones tan fáciles de separar.

Todo el mundo interviene su cuerpo de mil formas, pero unas se juzgan y otras se celebran. Esta meritocracia estética promueve que pagues ajustarte al canon de belleza con tu sudor y tu sangre. La trampa está en vendernos que todas las personas partimos de las mismas condiciones socioeconómicas e incluso genéticas. A veces, lo natural es un privilegio de clase. Aparecer en una alfombra roja «a cara lavada» parece ser la acción feminista definitiva cuando habría que preguntarse cuánto

repercute en la salud de la piel de una persona el hecho de ser rica. Seguramente puedes dormir y comer mejor, tener más tiempo para cuidarte, invertir en mejores productos y vivir en un barrio con menos contaminación. Idealizar «lo natural» casi siempre promueve estar bella sin que se note, otro ideal inalcanzable.

No es lo mismo pasar por una cirugía y un postoperatorio que ir al gimnasio tres veces por semana, de acuerdo. De lo que hablo, sin embargo, es de la legitimidad que se le otorga a todo aquello en lo que se aprecia un esfuerzo constante y significativo frente a todo lo que supone «tomar el camino más corto». También hablo de cómo se han normalizado unas decisiones estéticas frente a otras: por algún motivo, tomar batidos proteicos para aumentar masa muscular en la fase de volumen y así luego poder moldear tu cuerpo levantando un porrón de kilos es mucho menos alarmante que las mentiras del *skincare*. «¡Nos esclavizan con la belleza! ¡A las mujeres nos quitan tiempo para pensar y leer!» Amor, pero si tu novio ha visto todas las recetas posibles de TikTok para replicar la dieta cetogénica y se ha pasado tres horas entrenando con sus colegas para petarse el pecho a pesar de no ser ese precisamente el músculo más funcional. Nosotras tenemos la operación bikini y ellos... ¿Cómo se llama la operación para querer lucir pechazo en la playa?

La *youtuber* Contrapoints daba con la clave al señalar que el canon de belleza es injusto porque está tremendamente marcado por la blanquitud, la delgadez y la ausencia de discapacidad. Y, a pesar de llevar décadas criticándolo, los deseos personales no cambian así como así. «¿Qué se supone que debo hacer, sentarme aquí en

silenciosa contemplación hasta que mis deseos finalmente se alineen con los intereses de la revolución proletaria internacional? Creo que la representación importa, y que tener iconos de belleza visibles que sean de piel oscura, o trans, o de género no conforme, o discapacitadas, o gordas, o mayores de treinta y cinco años marca una gran diferencia», dice Contrapoints, quien aboga también por cultivar el estilo propio, que, en contraposición con la idea colectiva de belleza, es un ejercicio de creatividad individual.⁴

Esta última idea es preciosa porque implica tomarse en serio el proceso de belleza de cada persona y apreciarlo como lo que es: un trabajo. El camino fácil es despachar a una amiga con alguna frase hecha —«¡Qué rabia que no encuentres algo de tu talla, el patriarcado es una mierda!»— en vez de pasar una tarde entera buscando un vestido favorecedor para ella. Lo segundo implica dedicación, mientras que lo primero es una mezcla entre vagancia y pesimismo *edgy* que permite resolver la situación sin esfuerzo y quedando como la tía más feminista de la historia.

Por eso me da rabia que haya quienes consiguen capital social y relevancia pronunciándose contra la cultura de la belleza de una forma tan simplista. En sus *reels* virales arremeten contra las exigencias femeninas con la ferocidad de una hidra para luego aparecer en cada alfombra roja o portada de revista esculpidas como si fuesen un fresco de la Capilla Sixtina, con unas uñas y unos maquillajes más detallados que *El jardín de las delicias*. ¿Será que la belleza no es solo una amalgama de contradicciones y exigencias?